



A0681

11/05/1999 CONFERENCIA ANUAL DE ASOCIACIÓN PARA LA UNIÓN MONETARIA EUROPEA

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA INAUGURACIÓN

Madrid, 11-05-99

Señor Presidente D'Avignon, señoras y señores,

Para mí es muy grato inaugurar hoy, en Madrid, la I Conferencia Anual que la Asociación para la Unión Monetaria celebra tras la adopción del Euro. Hemos culminado con éxito este gran proyecto que vivía entre nosotros y queríamos hacer realidad desde los tiempos de los fundadores de la idea de Europa.

Yo no quisiera caer esta mañana en ningún tipo de satisfacción por haber puesto en marcha el Euro, ni insistir especialmente en los logros que todos los europeos hemos alcanzado, como ustedes muy bien conocen. Quisiera hablarles, como Presidente del Gobierno de España y como europeo, del futuro de nuestra Unión Monetaria.

Hemos entrado en el Euro en un momento de ralentización económica. Existe, además, justo al lado de nuestras fronteras europeas, de nuestras fronteras del Euro, un conflicto cuyas consecuencias se van a hacer notar durante mucho tiempo. Y existe también un riesgo de desencanto de los ciudadanos después del éxito inicial del Euro.

Los responsables políticos y dirigentes políticos no nos podemos refugiar, entonces, ni en la retórica ni en las buenas intenciones. Debemos ser capaces de afrontar nuevas iniciativas; de tener, sin duda, capacidad de liderazgo. Tenemos que ser muy sinceros y afirmar que el Euro necesita, para garantizar el éxito económico, un proceso muy firme y sostenido de reformas económicas en los mercados europeos de bienes, de capitales y de trabajo.

Europa debe ser capaz de fijarse el objetivo del pleno empleo. Una vez conseguida la Unión Monetaria, ése debe ser el objetivo principal, fundamental, de nuestro proyecto colectivo. Hemos sido capaces de alcanzar la estabilidad de precios, pero nuestra tasa de desempleo queda estancada por encima del 10 por 100. El Euro debe ser percibido por los ciudadanos, precisamente, como un gran instrumento para el avance del pleno empleo.

El Euro ha nacido tras un intenso proceso de convergencia macroeconómica, y el Pacto de Estabilidad constituye el marco para una coordinación de nuestras políticas económicas que nos permita una política fiscal basada en el rigor y en la disciplina. Una política fiscal rigurosa es el único fundamento posible para la estabilidad macroeconómica, para el control de los precios y para la fortaleza de nuestra moneda.

No nos podemos permitir, en consecuencia, jugar con la credibilidad del Pacto de Estabilidad mediante enmiendas o relecturas precipitadas. En el Pacto se establece de forma nítida que las finanzas nacionales del área euro deben alcanzar una posición cercana al equilibrio o al superávit. Todavía no hemos alcanzado esa situación, y se oyen voces que reclaman ya inmediatamente el uso de los llamados estabilizadores

automáticos para amortiguar los efectos de la ralentización económica en algunos países de Europa.

Ésta podría ser una solución aceptable si Europa hubiese alcanzado ya un equilibrio sostenible en sus cuentas públicas; pero eso no es así. Y nuestra responsabilidad es seguir sin interrupciones en un proceso de consolidación fiscal, que nos permita dotar al área euro de unos fundamentos macroeconómicos estables y sólidos.

Es más, yo creo que Europa debe, con toda decisión, pensar en su futuro. Nuestra esperanza de vida, afortunadamente, está en constante aumento. Dentro de poco tiempo, un 20 por 100 de los cerca de 300 millones de europeos tendrá más de 65 años; una cifra jamás alcanzada con anterioridad. Es un gran avance social; pero no podemos desconocer, en absoluto, los extraordinarios retos que nos planteará para la financiación de nuestro sistema de salud y del sistema de pensiones.

Debemos proseguir, en consecuencia, una estrategia de saneamiento presupuestario que tenga plenamente en cuenta estas tendencias. Sólo de esta forma podemos asegurar que los sistemas de bienestar resulten sostenibles financieramente en el largo plazo. La indisciplina fiscal y el endeudamiento de la presente generación resultan profundamente insolidarios y perturbadores para el futuro.

Por ello, quiero decirles que rechazo de plano todo cuestionamiento presente o futuro de la estrategia de rigor presupuestario. Pienso que los retos futuros nos obligan a continuar siendo muy ambiciosos en este terreno; en el medio plazo, nos deberán llevar a obtener la obtención de superávits que nos permitan disponer de un margen de maniobra para atender a esas necesidades sociales. España cifra su superávit presupuestario en el 0'1 por 100 de nuestro Producto Bruto en el año 2002.

El Vicepresidente Segundo del Gobierno y Ministro de Economía y Finanzas, aquí bien presente, sabe mi poca disponibilidad, por no decir ninguna, a aceptar ninguna propuesta, ningún proyecto, que pueda poner en riesgo esa política de disciplina y de rigor presupuestario.

Hemos comenzado, en consecuencia, la andadura de la Unión Monetaria en plena discusión también sobre las perspectivas financieras de la Unión Europea. Los acuerdos alcanzados en Berlín han supuesto un compromiso aceptable para todos, por lo que deben ser muy bienvenidos; pero no han terminado de resolver una importante cuestión del papel de las finanzas comunitarias en un área monetaria unificada. Ésta es una cuestión todavía abierta en el ámbito de la Unión Económica y Monetaria.

La Unión Europea constituye una empresa sin precedentes. Los modelos fiscales federales, o incluso confederales, existentes en otras regiones no nos sirven como referencia, pero ello no nos excusa para no plantearnos el problema o para no ir sugiriendo líneas de avance. Tarde o temprano, Europa se va a enfrentar a la necesidad de definir un nuevo modelo para su Hacienda, que deberá ser capaz de atender las exigencias ineludibles de una mayor integración, que es económica y monetaria. Este debate es un debate muy importante, y debemos afrontarlo sin prisas y sin sobresaltos.

La integración monetaria también nos obliga a plantearnos la reforma de nuestros sistemas fiscales. Debemos actuar contra la competencia fiscal perjudicial, en línea de los trabajos que viene realizando el grupo del llamado "Código de Conducta". Las normas impositivas discriminatorias deben ser eliminadas para evitar la distorsión de la competencia.

Pero creo que no resulta necesaria, y me manifiesto claramente en contra de la plena armonización de nuestra imposición directa, y también de la fijación de tipos uniformes en toda la Unión. No resulta necesaria esa armonización, ni para el buen funcionamiento del mercado interior, ni para la buena marcha de la moneda única, ni para la revitalización de la economía europea. No debemos aceptar ninguna medida que

suponga una pérdida de competitividad para las empresas europeas o que ponga en peligro, sinceramente, nuestros puestos de trabajo.

Estos días los europeos hemos recibido con sorpresa y, por qué no reconocerlo, también con envidia, los últimos datos sobre la evolución económica reciente en los Estados Unidos. Hay quien ha visto en esta evolución el resultado de políticas macroeconómicas expansivas y piensa que en Europa debería bastar dar este signo a nuestras políticas fiscales para lograr unos resultados similares. Yo no estoy de acuerdo en este diagnóstico.

Europa ya ha comprobado en el pasado los escasos resultados de las políticas de demanda expansivas si no van acompañadas de una mayor flexibilidad y capacidad de respuesta por el lado de la oferta. Es ahí donde radica exactamente el extraordinario dinamismo de la economía norteamericana; es ahí donde debemos incidir nosotros, desde el compromiso que compartimos con la modernización y consolidación del modelo social europeo, con más fuerza, si cabe, dentro de la Unión Monetaria.

En mi opinión, para ello Europa debe plantearse un profundo y ambicioso proyecto de reformas económicas; proceso que, en mi opinión, debe tener tres grandes componentes. El primero es la reforma para conseguir el mejor funcionamiento de nuestros mercados de bienes y servicios; esto es, debemos culminar nuestro mercado interior. Se ha demostrado que avances en sectores tan importantes como las telecomunicaciones producen beneficios muy notables, muy significativos, para todos los consumidores. Y nuestros mercados de servicios básicos, como la electricidad, el gas, el correo o el ferrocarril, deben resultar, entre otros, verdaderamente abiertos.

Debemos tener una regulación muy efectiva, más efectiva, imparcial e independiente, que regule y salvaguarde la competencia en todos nuestros mercados. Debemos mejorar el acceso al mercado de capitales y de bienes, de financiación para las pequeñas empresas, que son el verdadero motor del empleo en Europa. Necesitamos reducir drásticamente las ayudas públicas y la competencia fiscal desleal para impedir que los consumidores terminen pagando más precios de aquellos que son razonables y aconsejables.

La segunda gran reforma que debe afrontar la sociedad europea es la reforma y la mejora de nuestros mercados de trabajo. Creo en una Europa que favorezca el espíritu de empresa, que permita la creación de pequeñas empresas que, como digo, son la verdadera fuente de puestos de trabajo. Creo en una Europa en la cual las relaciones industriales sean flexibles y respeten las tradiciones propias de cada país. Y es necesario hacer que los sistemas fiscales favorezcan la creación de nuevos empleos, particularmente para los trabajadores con menor cualificación.

No deberíamos avanzar en una armonización de normas sociales que suponga la exportación de ineficiencias o que ponga en peligro nuestros puestos de trabajo. Por el contrario, debemos desarrollar políticas activas de empleo y asegurarnos de que existe una adecuada y eficaz formación profesional, formación que se va desarrollando a todo lo largo de la vida profesional de los trabajadores. Y es necesario también, sin duda, combinar flexibilidad y seguridad en los centros de trabajo, a través de una participación más estrecha de los interlocutores sociales y del ejercicio del diálogo social.

Quiero decir que, en mi opinión, es muy importante en este momento reafirmar el papel que desempeña la moderación salarial en esta fase de nuestra historia. La unificación monetaria, como sabemos todos, nos eleva el listón de competitividad de nuestras empresas, y ya no será posible recurrir al expediente fácil de la devaluación cuando tengamos problemas. Ello nos obliga a un permanente ejercicio de responsabilidad. En una Europa que todavía mantiene unos altos niveles de desempleo, la moderación

salarial, más que una exigencia económica, es también un imperativo elemental de solidaridad con aquellos que están excluidos del mercado de trabajo.

La tercera gran reforma económica en la que debe avanzar la sociedad europea es la de su apertura económica. Es cierto que la moneda única produce el efecto estadístico de que las economías del área euro sean ahora más cerradas que antes; pero sería un grave error creernos que podemos convertirnos en una zona aislada o prescindir del resto del mundo. Cerrarnos sería una profunda equivocación y un absurdo económico.

Al contrario, el Euro puede hacer más visible en el mundo la dimensión y la vitalidad de la economía europea. Europa debe aprovechar ese mayor peso para asumir un liderazgo en la economía internacional; hablar con una sola voz en los foros económicos; comportarse como lo que es, como la primera potencia comercial del mundo y, sin duda, situarse en la vanguardia de las negociaciones para la liberalización comercial de la Organización Mundial de Comercio.

De esta manera, y combinando estos tres factores (reforma del mercado de bienes y capitales, reforma del mercado de trabajo y apertura a la competencia en una Europa abierta), Europa, en la Europa del Euro, tendrá, sin duda, un futuro prometedor.

Queridos amigos, hasta ahora no les he hablado de España, y no lo voy a hacer largamente hoy, sino muy brevemente.

Como saben ustedes, nosotros nos encontramos en un buen momento económico. Nuestro crecimiento previsto para este año 1999 es del 3'5 por 100 --ya lo hemos tenido en el primer trimestre de este año--, la inflación se encuentra en torno al 2 por 100 y nuestras cuentas públicas se han saneado. Los tipos de interés se encuentran en un mínimo histórico en España y nuestra economía es una de las economías más abiertas de Europa por el peso de nuestro comercio exterior. Todo ello ha permitido a las empresas españolas crear 1.200.000 puestos de trabajo nuevos en tres años.

Creo que la estrategia económica que se ha puesto en marcha ha funcionado y se trata de una estrategia basada en dos pilares, que he querido resaltar en esta intervención ante ustedes: la estabilidad económica y las reformas estructurales.

Si les he dicho antes que no voy a aceptar ninguna propuesta que ponga en peligro los datos fundamentales y la política de estabilidad macroeconómica en España, sí estoy dispuesto a estudiar todas las propuestas que se presenten encima de la mesa, con tal de que sean propuestas sólidas y razonables, como es lógico, para seguir avanzando en el camino de las reformas estructurales que necesita la economía española.

Yo creo que los informes de expertos de alto nivel se han utilizado, en muchos casos, en Europa como sustitutos de la acción; pero también creo que han servido, en ocasiones, para poner en marcha procesos a nivel europeo de verdadera envergadura histórica. Así, por ejemplo, el Informe SPAAK, el llamado Informe SPAAK, puso los cimientos para lo que deberían ser después el Tratado de Roma y la Comunidad Económica y Europea; así, por ejemplo, el llamado Informe Delors, aprobado hace diez años aquí, en Madrid, fijó con claridad las fases de preparación y convergencia hacia la Unión Económica y Monetaria, que acaba de culminar con la puesta en marcha del Euro.

Yo me permito apelar desde aquí, desde Madrid, al nuevo Presidente de la Comisión, Romano Prodi, a que ponga en marcha un proceso de similar calado, envergadura e importancia, y que invite a un grupo de expertos, a un grupo de alto nivel, que prepare un informe sobre empleo y sobre reformas económicas, que debe ser presentado y aprobado bajo la Presidencia portuguesa del Consejo Europeo en el primer semestre del año 2000. Si hacemos del empleo y de las reformas económicas necesarias nuestro gran objetivo para la Europa de los comienzos del próximo siglo, pongámoslo en marcha inmediatamente.

Creo que el nuevo Presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, puede constituir ese grupo de trabajo, y eso puede ser un incentivo para progresar realmente, seriamente, en el conjunto de reformas que Europa necesita.

Nos hemos dotado de un catalizador poderoso con el Euro para la reforma y para el éxito económico. Ustedes han contribuido con su trabajo y sus ideas a que ese proyecto sea una realidad. Desearía también contar con su trabajo futuro para que Europa fuese por el camino adecuado, por el camino que le puede llevar a la prosperidad, que no es otro que el de las reformas, la apertura, la competencia y la liberalización.